

M. Calderón Reina, *La muerte de Pan. Mitología clásica en la poesía española del siglo XX (1918-1936)*, Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, Valencia, 2021, 310 pp.

El libro que nos ofrece Modesto Calderón hace una incursión interesante y sustanciosa por las corrientes más relevantes de la poesía española entre los años 1918 y 1936, es decir, desde el tardomodernismo posterior a Rubén Darío y las vanguardias de los años XX hasta la poesía neorromántica en sus distintas variedades en los años previos a la guerra civil. Durante ese período, como bien afirma Modesto Calderón en su introducción, los mitos clásicos son empleados por los autores con diferente criterio selectivo y frecuencia, en sintonía con la cosmovisión que aporta cada corriente poética y con la sensibilidad personal de cada uno, en un panorama literario español que fue enriquecido por la influencia que venía de la poesía francesa a través de Rubén Darío y Vicente Huidobro.

Debemos señalar que el libro aborda a autores españoles que escriben en castellano, lo que implica la eliminación de poesía española en lengua catalana, gallega y vasca desarrollada en el periodo cronológico examinado; a su vez, se omite la poesía hispanoamericana por resultar inabarcable en un análisis tan erudito y exhaustivo como el que manifiesta esta monografía. A nuestro juicio, habría resultado enriquecedor un análisis de Huidobro y Neruda, dada su relevancia y vínculo tan estrecho con lo español, si bien esta ausencia se compensa con la presencia de mujeres poetas que tuvieron su papel en los movimientos literarios examinados, tales como Concha Méndez, Lucía Sánchez Saornil o Rosa Chacel, y escritores menos conocidos.

Modesto Calderón, con un lenguaje claro y preciso, estructura su obra en torno a tres corrientes poéticas: modernismo tardío (pp.35-142), poesía moderna (pp.143-254) y poesía neorromántica (pp.255-299). El análisis que hace de los versos es minucioso y revela un gran conocimiento de la literatura grecorromana (en especial de Homero, Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Virgilio y Ovidio). Nos ayuda, a su vez, a comprender mejor los principios poéticos de cada autor, cuyos versos interpreta sin emitir afirmaciones categóricas, sino aceptando en ellos las múltiples lecturas que todo arte implica. La exposición dentro de cada corriente poética sigue un criterio temático, lo que provoca inevitablemente la repetición de poetas.

De los tres periodos que analiza Modesto Calderón, el modernista es el que más se sintió inclinado al uso abundante de temas y motivos mitológicos. Entre los más frecuentemente simbolizados se hallan los siguientes: Pegaso, expresión del vuelo de la imaginación que las excesivas reglas ahogan (García Lorca); Hércules, la armonía de la belleza y la fuerza, una vez que esta ha sido sometida por el sentimiento dulcificador de Ónfala (Tomás Morales); Venus, concordia universal o poder impregnante de la naturaleza líquida, elemento originario del amor (García Lorca); los sátiros, encarnación del deseo sexual (Francisco Villaespesa); las Sirenas, representación de lo no poseído, la belleza que nos falta y acaba en melancolía (Valle

Inclán); los Argonautas, los nuevos navegantes descubridores de un nuevo mundo; Narciso, el ansia de eternidad (Miguel de Unamuno); el telar de Penélope, el tiempo, que termina tejiendo y destejiendo lo tejido (Fernando González) y Prometeo, un trasunto de Cristo, pues ambos dan su sangre por la esperanza en el hombre (Miguel de Unamuno).

Las corrientes vanguardistas (creacionismo, cubismo, ultraísmo), desarrolladas con detalle en el segundo capítulo del libro, dan la espalda al mito clásico, que aún en su escaso empleo metamorfosea los símbolos. Así, por ejemplo, Psiquis ya no es la mariposa, sino una aviadora; el hilo de Ariadna se desenreda en el espacio astral, o Ulises ya no necesita sortear a las Sirenas tapándose los oídos, sino dándoles espejos para que se contemplen a sí mismas. Es evidente un proceso de degradación del mito, que convierte a Apolo en usuario de tranvía (Rafael Lasso de la Vega), vehículo que es para Xavier Bóveda y Lucía Sánchez Saornil un enorme Cíclope de un solo faro. Otros inventos técnicos o prácticas de la vida moderna ejercen idéntica fascinación, como el caso de la máquina de escribir, compañera inseparable de la secretaria, que se deja ver como un potente Zeus seductor de la joven Leda (Rafael Laffon); Un poema que aprovecha con profusión la mitología clásica para rebajarla cómicamente es *Venus en ascensor* de Rafael Alberti, que plantea la elevación al cielo a través de varios pisos donde ejercen su oficio distintos dioses: en el primero, Eros es abogado de pleitos amorosos; en el segundo, Apolo despacha poemas; Orfeo en el tercero, recompone su lira; Ceres y Baco trabajan para el cine en el cuarto; en el quinto están los baños, donde Ganimedes orina sobre Ícaro, y en el sexto Narciso es un coqueto travestido.

Como ya señala el autor, nace con Juan Ramón Jiménez una nueva concepción poética que busca la belleza inmutable (poesía de la pureza). Juan Ramón ve al vate como un trasunto de la voz de Edipo anhelando resolver los enigmas de la Esfinge, que son los de la vida, e interpreta el ansia amorosa de Narciso a modo de angustia por la eternidad anhelada, pero limitada por la imagen de uno mismo. En José Moreno Villa la luna, transfiguración de la diosa virgen Diana, es la imagen de lo estéril, pues no es inducida al amor ni siquiera por el agua lasciva que refleja su desnudez; es en su contacto con el mar donde a menudo las jóvenes bañistas son comparadas con ninfas y sirenas (Alejandro Collantes de Terán). Compitiendo exitosamente con el mar se halla la naturaleza vegetal idealizada, a menudo inmóvil; los rayos de sol sobre la tierra le recuerdan a José María Hinojosa la lluvia de oro fecundante de Zeus sobre Dánae; García Lorca, imbuido de espíritu gongorino, ve en la palmera a la Gorgona agitando su cabellera de serpientes y en la chumbera, a Laocoonte salvaje; las amapolas son las heridas sangrantes de Ceres y las espigas de trigo, sus lágrimas de oro, y la vid entrelazada a la yedra, la metamorfosis de Baco abrazado al bailarín Ciso. En este mismo espíritu gongorino Miguel Hernández asimila a los toreros con la princesa Europa raptada por Júpiter, símbolo de la violencia del toro, pues no otra cosa es el toreo que rapto, arrebató posible y súbito de una vida.

En el tercer capítulo, centrado en la poesía neorromántica, Modesto Calderón llama “irracionalismo” a lo que en Francia y en otros países se designa “surrealismo” y que en España adquirió notas propias que produjeron un estilo literario y una visión del mundo. No busca la belleza, sino la libertad frente a una realidad caótica y absurda. Su rebeldía le hace refugiarse en la interioridad del “yo”, donde descubre a todos los hombres en un “nosotros”, que abocará a muchos en los años 30 a la lucha revolucionaria por una libertad común. Por su expresión de los sentimientos y sobre

todo del amor, esta poesía es neorromántica. La mitología clásica no interesa como tal a estos poetas, alejados como están de la idealización y del espíritu aristocrático del modernismo, y cuando se utiliza aquella es como si se tratara de un nuevo tipo de metamorfosis; por ejemplo, Luis Cernuda identifica a los dioses con la esperanza positiva, la felicidad o el amante, pero pueden convertirse en una imagen narcisista del poeta solitario e incomprendido. Si el mito a pesar de todo gusta es porque es previo a la moral, como el paganismo; ese es el caso de la joven contemplada por Vicente Aleixandre, ubicada en una playa y rodeada de los motivos propios del nacimiento de Venus –concha, espuma, mar–, que va invistiéndose de la naturaleza de la diosa cuanto más se va asemejando a su figura pagana y natural. En ese sentido, Gabriel Celaya subraya el conflicto entre el instinto y la razón y opta por el primero viendo a los dioses y a sus mitos como símbolo de aquel, pues la razón nos oculta los verdaderos misterios. El pensamiento nietzscheano en torno a la nueva moral vital propia de los hombres superiores deja su huella en *Dédalo*, obra poética de Juan José Domenchina, al presentar a uno de estos hombres, de “cuello de Cíclope”, defendiendo una ética consistente en hartarse de vida. Poco a poco disminuye el interés por Góngora y la poesía barroca y la atención de los poetas se dirige ahora al Renacimiento y sobre todo a Garcilaso de la Vega, que, sumándose a la influencia que también ejercía Bécquer, incide en una emotividad neorromántica, rescatadora de las formas clásicas, especialmente del soneto (poesía intimista). En esta corriente se inscribe la generación del 36 y parte de los poetas de la generación anterior. El “yo” es el centro de su cosmovisión, pero sin fundirse con el mundo, como en el surrealismo; se idealiza el ser amado en una atemporalidad, como en la poesía pura, sin embargo, la mitología queda relegada en sus intereses, sólo los temas del amor y la naturaleza entran dentro del campo mitológico. Francisco Pino canta a la mirada de la amada, cuya poderosa fuerza se puede parangonar con la violencia de los dioses Marte o Vulcano. Al sentir de Gil-Albert, el rojo de la sangre de Jacinto colorea en primavera el rostro del ser amado; una “náyade dorada” puede encarnar para Rosa Chacel la dulce esperanza o la persona que se ama.

Modesto Calderón concluye el tercer capítulo con la poesía comprometida, heredera de la surrealista en su crítica a la realidad, que da un paso más en pos de la salvación del hombre dentro de un mundo mejor y más solidario. El destinatario de sus versos es el pueblo y su desarrollo coincide con la llegada de la República y en especial con la Revolución de Asturias (1934); el compromiso empezó siendo humano, luego social y finalmente, con la llegada de la guerra, se hizo político, presentando caras opuestas, según la ideología del poeta. Los dioses mitológicos ya no inspiran la poesía, sólo el ideal de un nuevo hombre, que tuvo precedente una década anterior en poetas como José Antonio Balbontín, al afirmar que “todos los hombres serán dioses / de un nuevo Olimpo sempiterno”, o León Felipe, que ve al nuevo poeta como filantrópico Prometeo, por regalar al hombre la luz de las cosas.

Este escaso interés por la mitología en la poesía neorromántica lo cifra el autor en la expresión metafórica de que “Pan ha muerto”, tomada, sin duda, del poema de Rafael Alberti transcrito en su introducción, que nos sitúa en una isla paradisíaca interrumpida por la aparición de barcos de guerra.

En síntesis, Modesto Calderón hace un repaso exhaustivo a través de los versos de los poetas más selectos de ese período, marcando bien la transición y el momento de sus cambios de visión del mundo jalonados por las corrientes poéticas que estudia con detenimiento. El autor en muchos poemas aporta el esfuerzo de reconstrucción

de un sentido que necesariamente es polivalente y ambiguo. Es una gran satisfacción contar con una obra de erudición como esta para la poesía española del período que se trata, desde la óptica de su relación con motivos mitológicos de tradición clásica. En muchos casos Modesto Calderón desvela el hilo profundo que movió la inspiración de los poetas en la adaptación de estos motivos, siguiendo la línea de investigación felizmente iniciada hace años por filólogos reconocidos como José Sánchez Lasso de la Vega, Vicente Cristóbal López y José Manuel Camacho.

Marina Salvador Gimeno